

## La política española hacia América Latina

Discurso del Vicepresidente del Gobierno español, Excelentísimo Sr. D. Alfonso Guerra, en el acto de inauguración de «Encuentro en la Democracia», I.C.I., Madrid, 27 de abril de 1983.

### 1. INTRODUCCIÓN

Que mis primeras palabras sean para expresar a todos los aquí presentes, muchos venidos del otro lado del Atlántico, intelectuales, artistas, investigadores y políticos, mis mejores deseos de cara a la feliz celebración de estas jornadas de trabajo. Han sido bautizadas, como augurio de esperanza y una confirmación de voluntades, de «encuentro en la democracia». En efecto, muchos de los objetivos que os vais a trazar necesitarán, antes o después, de un decidido florecimiento de las libertades; precisarán igualmente de un encuentro o coincidencia de esfuerzos a los que los responsables políticos, y naturalmente los pueblos mismos, no podrán en último extremo sustraerse. Y es que en las grandes empresas históricas, los fines, en un proceso dialéctico, terminan convirtiéndose a su vez en medios, en instrumentos. La libertad, aparte de una meta irrenunciable, es también un instrumento valiosísimo para al-

canzar cotas de bienestar y progreso generalizador.

Os deseo, muy sinceramente, que podáis profundizar, con espíritu crítico, en los distintos temas objeto de debate, y que en el momento de la clausura tengáis la satisfacción de haber podido llegar a conclusiones prácticas. También espero que después de ello no sea sino un trampolín hacia un esfuerzo de magnitud evidente, pero realizable, entre todos nuestros pueblos, que vuestras conclusiones no sean en último extremo palabras que se lleve el viento de la indiferencia.

### 2. CARACTER PRIORITARIO DE IBEROAMÉRICA PARA EL GOBIERNO ESPAÑOL

Es tema sobradamente conocido, y no voy a entrar por tanto en la cita de las numerosas declaraciones públicas existentes, el interés especial y prioritario, yo diría incluso la preocupación, que el actual Gobierno español siente hacia todo lo iberoamericano. Y ese interés no se limita a lo que convencionalmente se resume como política exterior, que de hecho incluye multitud de aspectos técnicos, comerciales y culturales, no sólo propiamente políticos, sino que se amplía al terreno de los sentimientos. La interrela-

ción entre los pueblos de España e Iberoamérica es una realidad que va mucho más allá de las relaciones oficiales a nivel de Gobierno, por cordiales que éstas puedan ser.

El hablar de sentimientos se me hace difícil por el pesado lastre, acumulado a lo largo de los años, de retórica, de huecas expresiones de solidaridad sin mañana, vehículo en el fondo de frustración e incompreensión mutua, cuando no de desconfianza. Podéis estar seguros de que, si de algo se propone huir este Gobierno, en este y en otros campos, es de la retórica. Ha llegado la hora de actuar. De actuar todos juntos, con hechos más que con palabras, y con imaginación aún más que con medios.

De una u otra forma, independientemente del uso que se haga de ellos, esos sentimientos existen, y son compartidos como una savia vivificadora por todos nuestros pueblos. Esos sentimientos nos hablan de un pasado común tejido de proezas y amarguras, de un presente polémico y esperanzado y de un futuro en el que las interrogantes se nos antojan retos prometedores. Nos hablan de Vetusta y de Macondo. Nos hablan, al fin y al cabo, de nuestras propias señas de identidad, con virtudes y defectos, con potencialidades anchas como un océano.

Históricamente, Latinoamérica ha sido una tierra de agocida, más que eso, una tierra de promisión, para muchos españoles que han ido allá por motivos laborales, ideológicos o políticos.

Los españoles nunca se han sentido extraños en América, pues desde un principio los habéis integrado a vuestra vida social y a vuestras costumbres.

También España ha recibido de Hispanoamérica, y con creces, aportaciones culturales fundamentales, incitaciones a la reflexión y a la au-

to crítica, e igualmente, de forma particular en los últimos tiempos, corrientes de emigración, laboral, ideológica y política.

Os estoy, en suma, hablando de la historia de un enriquecimiento mutuo.

Tened la certeza de que, hoy más que nunca. España se propone dar las mayores facilidades y el trato más igualitario posible a los latinoamericanos que, por una u otra razón, fijen temporal o permanentemente su residencia en nuestro país. Y ello sin esgrimir excusa alguna de dificultades coyunturales de tipo económico. Las dificultades las compartiremos juntos, como hemos hecho y haremos con las satisfacciones.

Como he dicho, una de las causas que últimamente han impulsado a algunos de ellos a permanecer en España es de tipo político. Debemos fijarnos aquí el objetivo solemne de la desaparición de ese tipo de causas, el logro de una realidad hemisférica —y sobre esa esperanza España también tiene un pasado reciente— en que los desplazamientos de uno a otro de nuestros países obedezca enteramente a la libre elección y no a la necesidad de preservar, en territorio entrañable pero ajeno, la dignidad personal y la propia vida.

### 3. SENTIDO Y CONTENIDO DE LA COOPERACIÓN

Quiero evocar ahora uno de los temas que de forma específica vais a abordar en vuestras discusiones, y que tiene que constituir un firme soporte de esa maduración y reafirmación de nuestras relaciones, que todos deseamos. Me refiero a la cooperación.

Es necesario, hoy más que nunca, en que se han acrecentado las dificultades de los países en vías de desarrollo, reforzar y perfeccionar las vías de cooperación. Nos encon-

tramos justamente, a pesar de las apariencias y de las predicciones agoreras, en un momento histórico que puede ser el umbral de una nueva aceleración insospechada de los descubrimientos tecnológicos y de las técnicas aplicadas, y junto a la necesaria transformación de mentalidades y hábitos arcaicos, es necesario tener, todos juntos, una concepción de futuro, y desplegar unos esfuerzos comunes si no queremos estancar nuestras potencialidades en los archivos del fracaso.

Hay momentos históricos en los que, junto a los esfuerzos de capacitación tecnológica, se requiere imaginación, y se requiere igualmente contrastar y compartir esa imaginación. Lo que una persona haga sola, por valioso que sea, a lo largo de su vida, desaparecerá con ella y se sustraerá automáticamente de la paciente construcción del legado histórico. Algo parecido corre el riesgo de ocurrir con las naciones, y ello es mucho más inexcusable cuando esas naciones pertenecen a una misma familia cultural, a un similar sistema de valores dispuesto para encauzar esas experiencias individuales.

Es el momento, y no podemos permitirnos el lujo de perderlo, de la cooperación, seria y sistemáticamente emprendida, entre nuestros Gobiernos. Es el momento de un decidido impulso de la cooperación comercial, de la revivificación de los intercambios culturales, de la aceleración de las relaciones turísticas, del perfeccionamiento de nuestras iniciativas compartidas en materia de educación, semilla sin la que es imposible obtener frutos. Son todos ellos terrenos abonados sobre los que no necesito insistir.

Considero, sin embargo, que hay un campo específico que es fundamental, dentro de esa idea de futuro a la que hace un momento me refería. Es el campo de la investi-

gación. Si no promocionamos juntos una capacidad autónoma de investigación, cuyas bases están más que sentadas en algunos de nuestros países, seguiremos expuestos a una verdadera colonización que hará cada vez más difícil el despegue definitivo hacia esa nueva sociedad, preñada de incógnitas pero también de esperanzas, que se dibuja ya en el horizonte.

Junto a ello, y como acabo de decir, los intercambios en materia de educación son sin duda una de las vías más enriquecedoras que es necesario fomentar como una prioridad inmediata. Surgen a menudo problemas burocráticos en lo que concierne a convalidación de títulos, a concesión de becas, a pruebas de selectividad que frecuentemente adolecen de un automatismo pernicioso. Todo ello junto con otros factores, en el caso concreto de España —y esto lo digo con tristeza—, ha hecho que el número de estudiantes iberoamericanos en nuestro país haya descendido de manera alarmante en los últimos años. Es necesario poner freno a esto y vamos a intentarlo.

Por su parte, la cooperación comercial, que ha dado frutos muy satisfactorios en muchos casos, debe ser reforzada con una idea más estructural de mercado global entre todos nuestros pueblos. Con los medios existentes, aún escasos, y a pesar de la crisis económica y monetaria de nuestros días, se podrían mejorar mucho más los índices cuantitativos y cualitativos de nuestros intercambios comerciales, si se perfeccionasen los mecanismos de integración regional, continental e intercontinental, y se tendiese a una coordinación general para todos provechosa.

Muchas veces, y es una excusa en parte válida pero perezosa, se habla de la escasez de medios. Qué duda cabe que entre los principa-

les objetivos de nuestros países está el incremento y la reasignación de medios materiales y personales. Pero también muchas veces existen posibilidades de sacar mucho mayor partido, entre todos, de los medios que ya tenemos a nuestra disposición y que podrían ser mejor empleados.

Nos encontramos ante las piezas de un rompecabezas que se resisten a ser ensambladas, pero con imaginación podemos hacerlas casar en un conjunto armónico que entonces, y sólo entonces, cobre realidad.

Para todo este proyecto global, que creo compartís conmigo, será necesario aumentar y reorientar las cantidades presupuestarias destinadas a ello, y el Gobierno español se propone hacerlo; fomentar y potenciar la presencia de nuestras empresas, de nuestros técnicos, de nuestros educadores e investigadores en los restantes países, y el Gobierno español, en lo que a él respecta, se propone hacerlo. Pero también debemos, como os he dicho, hacer gala entre todos de decisión y coraje, y tratar, en un esfuerzo común, de no perder el tren del futuro, que ya se apresta a emprender un viaje incierto pero ineludible. De nuevo me viene a la mente la palabra reto. Para nuestros países ha sido a menudo sinónimo de empeño, aunque no demasiadas veces haya sido sinónimo de resultados. Hoy esto puede y debe cambiar.

Ante ese reto, caben muy diversas respuestas, que no tienen por qué ser excluyentes. El reforzamiento y potenciación de las estructuras existentes es desde luego un factor decisivo. El Instituto en cuya sede estamos es un ejemplo de instrumento clave de impulsión de la cooperación, instrumento que será perfeccionado y desarrollado. Sería muy deseable, pienso, que se

llegara a una armonización e interrelación, en gran parte ya en marcha, de este y otros organismos similares en vuestros países.

Es al mismo tiempo un reto planteado a los empresarios, a los intelectuales, a los educadores, a cada uno de nosotros en su campo respectivo. Y, por supuesto, un reto planteado a los políticos que no podemos, menos que nadie, eludir.

Me pregunto, y os pregunto, por tanto: ¿qué papel debemos desempeñar los políticos hoy en día para favorecer esa cooperación, ya viva entre nuestros pueblos, pero necesitada de un marco y unas pautas de apoyo y de ensamblaje? ¿Cuál es nuestra misión?

No es nuestro papel el de sustituir a la iniciativa privada en el campo de la cooperación económica y comercial, sino el de empujarla y orientarla. Sí podemos, y debemos, catalizar los impulsos particulares. Sí podemos, y debemos, coordinar con todos los medios a nuestra disposición una política exterior de cooperación. Sí podemos, y debemos, mejorar las condiciones existentes, reforzar los canales mutuos, y junto a ello imaginar y pergeñar nuevos instrumentos de cooperación. Pero el esfuerzo, y en último extremo los resultados, será, no nos engañemos, el esfuerzo de todos.

Por otro lado, el Estado no es, por supuesto, creador de cultura, pero sí está en nuestras manos y es tarea ineludible el promocionar la difusión y la democratización de las creaciones culturales, el facilitar el proceso mismo de creación, y el promover contactos entre los creadores y los receptores de la obra de arte. No se trata sólo de fomentar exposiciones, de difundir publicaciones y de convocar congresos, aunque también se trate de eso.

Debemos ayudar a nuestros pueblos a que se conozcan y a que co-

nozcan las obras alumbradas en otros países hermanos. Debemos hacer que convivan la Celestina y Martín Fierro, y que juntos sean una fuente de enriquecimiento de nuestros pueblos.

Creo que estamos en los inicios a contar con instrumentos, control de un nuevo Renacimiento. Vamos a contar con instrumentos, controlados pero increíblemente potenciadores, que pueden, por primera vez en la Historia, hacer que la cultura sea una realidad auténticamente universal y un patrimonio de todos. ¿Nuevos mecenas de ese nuevo Renacimiento? No, el mecenazgo afortunadamente es compartido por toda la comunidad, pero sí debemos los políticos esforzarnos por hacer todo lo posible para que sea realidad ese gigantesco empeño colectivo.

#### 4. POTENCIALIDADES DE LA COMUNIDAD DE PUEBLOS IBEROAMERICANOS

Esa idea de cooperación en la que todos desde nuestro trabajo y tareas específicos debemos aportar nuestra capacidad creadora, debe ejercerse, como es natural, en un marco ya suficientemente decantado por la Historia, pero en el que conviene detenerse un momento. Ese sustrato, bajo un nombre u otro a través de los tiempos, es la comunidad de los pueblos iberoamericanos.

Cuando a ella me refiero, quiero aludir a una realidad espontánea y que nos viene dada, no a cualquier tipo de «superestructura» multilateral elaborada.

¿Cuál es el peso que tiene hoy en el mundo y cuál es el papel que puede llegar a desempeñar esa comunidad de pueblos iberoamericanos? Como todos sabemos, las posibilidades que se nos abren son muchas y creo que iría en beneficio de todos el no desaprovecharlas.

Decía Machado: «Demos tiempo al tiempo. Para que el vaso rebese hay que llenarlo primero». No es tarea fácil aprovechar plenamente ese caudal de posibilidades, pero creo que todos nuestros países deben empeñarse en no escatimar esfuerzos en este sentido.

Hay terrenos en los que nuestra familia de países tiene abiertos horizontes insospechados. Pensad por un momento en lo que se podría hacer en el campo de la potenciación de una impronta cultural propia. Cerca de 300 millones de personas hablan el español como lengua materna. Esa lengua, nuestra cultura, nuestro arte, son herramientas, instrumentos valiosísimos que debemos entre todos impulsar al máximo, en sí mismos y como vehículos de información, de penetración comercial y científica.

Una ocasión propicia para ello será justamente la conmemoración del V Centenario de las Américas que nos aprestamos a celebrar, entre otros actos, con una exposición universal que tendrá lugar en mi ciudad, Sevilla, efemérides histórica para la que se han constituido en los diversos países comisiones nacionales.

Existen por otro lado posibilidades de actuación conjunta más directamente relacionadas con la política internacional, que habría que analizar detenidamente, pero no excluir de hecho. Estoy pensando en concreto en el campo de los organismos internacionales, en que cabría una concertación mayor entre nuestras naciones, con la flexibilidad necesaria, en muy variados temas, lo que nos daría un peso global mucho más específico. Esta concertación estaría evidentemente presidida por un espíritu igualitario y pragmático. Soy consciente de que un obstáculo que por el momento dificultaría ese análisis compartido de algunos de los temas es

el de las disparidades que subsisten entre regímenes políticos.

Pero igualmente otro de los objetivos que deseo mencionar, y estoy seguro que todos los aquí presentes esperamos sea pronto una realidad, es el lograr una comunidad de naciones democráticas cuyos sistemas jurídico-políticos concedan una prioridad especial a combatir las arcaicas estructuras económico-sociales.

Decía García Márquez hace unos meses, en la Academia Sueca, que «la interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios». Decía también que son necesarios «actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo». Está latente en esas palabras la idea de que el esfuerzo, la solidaridad, el apoyo deben ser en primer lugar nuestros y deben ser conjuntos, sin cerrazón ni estrechez, pero sin excesivas esperanzas tampoco en la comprensión ajena.

Que la comunidad de pueblos iberoamericanos pase de ser una realidad cotidiana y espontánea a convertirse en una estructuración jurídica formal, con mecanismos concretos de tipo multilateral, es un objetivo, complejo y ambicioso, ciertamente, pero que no debemos desdeñar a largo plazo.

El concepto mismo de solidaridad, tan firmemente anclado en nuestra tradición, y que estoy seguro será la guía de nuestro futuro, requiere, antes o después, que consagremos nuestros mejores esfuerzos a levantar ese andamiaje.

Los obstáculos son muchos, de la crisis económica a los conflictos internos, pasando por los enfrentamientos entre bloques. Pero esos obstáculos no deben ser sino un acicate para impulsar, con más fuerza

si cabe, ese proyecto irrenunciable que nos dará a todos un protagonismo, a través de la concertación entre iguales, mucho mayor. «Que amistades que son ciertas nadie las puede turbar», decía Cervantes.

La gravedad del momento actual exige la puesta en marcha de mecanismos conjuntos, factores de superación, a su vez, de las crecientes tensiones internacionales.

Detengámonos en uno de los objetivos más importantes a escala universal en el último decenio, el alumbramiento y la remodelación de un nuevo orden económico internacional. Esa hipotética Comunidad Iberoamericana puede desempeñar una influencia decisiva en la que se enfoque, de una vez para todas, con solidaridad y pragmatismo a la vez, el llamado diálogo Norte-Sur, no como confrontación, sino como cooperación.

Se trata no sólo de una reivindicación de los países en vías de desarrollo, sino de una necesidad para todos los actores del reparto, Norte y Sur, Este y Oeste. Sin que se modifiquen, entre todos, las reglas del juego, difícilmente podrá continuar la representación de la obra. Es casi una cuestión de supervivencia, para unos y para otros, y por lo tanto una tarea de dimensión mundial. Sin su efectiva puesta en práctica no sólo corren el riesgo de colapsarse las relaciones comerciales y financieras internacionales, sino también la maquinaria misma de producción y consumo de los países más industrializados. En esa toma de conciencia, nuestra comunidad de naciones puede, por razones obvias, jugar un papel importante.

En cualquier caso, esa posible estructuración multilateral a escala global, en cuyos detalles, abiertos por igual a la imaginación de todos, no voy evidentemente a entrar, deberá empezar aprovechando y per-

feccionando los mecanismos ya existentes a nivel regional. Será un objetivo más cercano según vayan afianzándose los múltiples contactos que estimamos como necesarios a nivel de pueblos, pero será al mismo tiempo una tarea que, sin forzar su ritmo, los Estados deberán ir impulsando.

Pero, volvamos a la actualidad. Los ideales democráticos de la España remozada que hoy os recibe no se verán plenamente cumplidos hasta que en todos los rincones de Iberoamérica no resuenen con firmeza los ecos de la libertad. Hay, desde luego, signos esperanzadores en el horizonte de que con el esfuerzo de todos se superarán en un futuro no lejano los conflictos internos y externos de nuestra familia de naciones.

Por encima de variables experimentos políticos, la Historia nos muestra indefectiblemente el protagonismo de los pueblos.

Esa cooperación, en efecto, esa interrelación, independientemente de sus ropajes técnicos y su cobertura política, es reflejo de una comunicación entre pueblos.

Es por ello por lo que quiero insistir aquí en que aunque veamos con mayor agrado la consolidación de las democracias pluralistas del mundo latinoamericano, en ningún momento implicará discriminaciones por parte de mi Gobierno ni penalización alguna, pues tal procedimiento equivaldría a penalizar a los pueblos.

Ellos son nuestra referencia última frente a contingencias pasajeras. Por tanto, en el campo de la protección efectiva de los derechos humanos tenemos la intención de ser inflexibles. Como es doctrina admitida en los organismos internacionales, la defensa universal de los derechos humanos es una preocupación que rebasa legítimamente las fronteras nacionales, cuando se

trata de enjuiciar el sojuzgamiento de las libertades, la tortura o las incalificables desapariciones de oponentes políticos o de simples seres humanos que han amado con demasiado entusiasmo la vida y la libertad y han perdido ambas en el anonimato de la cobardía. Nunca transigiremos en esto.

## 5. CONCLUSIÓN

He venido hablando, amigos, de esfuerzos y de retos, y ninguno de ellos será fácil, pero de eso ya éramos conscientes antes de venir aquí.

España, estad seguros de ello, no declinará el papel, que entre todos se le asigne, de ser impulsora y receptora de esos esfuerzos.

Tenemos ante nosotros fundamentalmente el reto de la solidaridad y de la integración iberoamericana a través de cauces democráticos. Es un reto que en España conocemos bien y a él, a la profundización de esa solidaridad democrática, estamos el Gobierno y la ciudadanía española dedicando nuestros mejores desvelos e ilusiones.

Nuestra historia, y la de vuestro continente, están llenas de retos. Nuestro mundo de ficción, también. Se trata, aquí y ahora, de no perder esos retos, de no dejar que muera la esperanza, a lo que en el pasado hemos sido quizás un poco proclives.

«América es el invitado que llegó tarde al banquete», dijo un día Octavio Paz.

Que eso no sea nunca más una obsesión. Aún es tiempo. Aprestémonos todos juntos, con nuestras mejores galas de libertad y entrega, a llegar a tiempo al nuevo banquete que ya se prepara, que ya preparamos, el de un tiempo venidero de paz, prosperidad y justicia.